

EL ASTRONAUTA DAVID BOWMAN RUMBO AL INFINITO EN 2001: A SPACE ODISSEY, DE STANLEY KUBRICK (1968).

# Intro 2001

POR RODRIGO FRESÁN

Feliz año nuevo. Feliz 2001, el año–efeméride más importante que le quedaba a la ciencia–ficción o a imaginar el mañana, el pasado mañana, lo que vendrá. La otra fecha importante en este sentido y género –1984– pasó hace tanto tiempo que ya suena a novela histórica, a distopía vencida.

La visión profética de *2001: Odisea del espacio* –el film dirigido por Stanley Kubrick e inspirado en un relato de Arthur C. Clarke– ha probado ser un estrepitoso fracaso por más que en el espacio no se oiga sonido alguno: no hemos colonizado la Luna, no hemos hecho contacto –por lo menos no nos han dicho nada al respecto– con inteligencia extraterrestre alguna y estamos cada vez más solos en el Universo, por lo que no nos ha quedado mayor remedio que convertirnos en nuestros propios aliens y poner en práctica una ciencia–ficción doméstica, pero ciencia ficción al fin: el genoma, la clonación, los viajes vertiginosos a nuestro espacio interior.

La buena noticia en este sentido es que –superada la fecha alerta y roja en el calendario, flotando ya en la ingravidez de esta resaca 2001 que marca, al menos, el fin de UNA historia– todos esos grandes libros con seres de otros planetas, computadoras mesiánicas, sufridos replicantes, mundos agobiados, asumen por fin la condición que siempre se merecieron: indiscutible gran literatura y punto.

El presente suplemento se dedicará durante los próximos dos meses, de lunes a viernes, a explorar, en sus páginas centrales, esos paisajes extraños y perturbadores –a partir del prestigioso catálogo de Minotauro, editorial decana en la materia– en las prosas de Ray Bradbury, J.G. Ballard, Philip K. Dick, Theodore Sturgeon, Kurt Vonnegut, Gene Wolfe y siguen las firmas y los astronautas. La página introductoria –ésta– comentará certezas y desconciertos, ciencia y fricciones de este complejo futuro que ya está aquí y al que, por comodidad, pensamos como un simple presente.

Los motores se encienden con el fragmento inicial de *Hacedor de estrellas,* obra maestra de 1937 del filosófico Olaf Stapledon (1886-1950), libro admirado por Borges y considerada la *Divina comedia* de la ciencia–ficción. El viaje comienza con una epifánica descripción de la Tierra, esa nave espacial en la que todos viajamos impulsados por la cuenta siempre regresiva de nuestras vidas.

# La Tier

POR OLAF STAPLEDON

## 1. El punto de partida

Una noche, descorazonado, subí a la colina. Los matorrales me cerraban a menudo el camino. Abajo se ordenaban los faroles de los suburbios. Las ventanas, con las cortinas bajas, eran ojos cerrados, que observaban interiormente la vida de los sueños. Más allá de la sombra del mar, latía un faro. Arriba, oscuridad.

Distinguí nuestra propia casa, una islita en las tumultuosas y amargas corrientes del mundo. Allí, durante una década y media, nosotros dos, de características tan distintas, habíamos crecido apoyándonos y alimentándonos mutuamente, en una intrincada simbiosis. Allí habíamos planeado nuestras tareas diarias, y habíamos hablado de las decepciones y curiosidades del día. Allí se habían amontonado las cartas que esperaban respuesta, las medias que necesitaban zurcidos. Allí habían nacido los niños, esas repentinas nuevas vidas. Allí, bajo aquel techo, nuestras dos vidas, resistiéndose a veces una a otra, habían sido en todo momento una vida única, mayor, más consciente que cualquier vida solitaria.

Todo esto, seguramente era bueno. Sin embargo, había allí amargura. Y la amargura no sólo venía de afuera, del mundo; surgía también dentro de nuestro propio círculo mágico. El horror a nuestra futileza, a nuestra propia irrealidad, y no sólo al delirio del mundo, me había arrastrado a la colina.

Estábamos siempre atareados, en cosas urgentes e insignificantes, y el resultado era insustancial. ¿Habríamos juzgado erróneamente toda nuestra existencia? ¿Habríamos fundado nuestra vida en falsas premisas? Y en particular, esa sociedad nuestra, ese punto de apoyo, aparentemente firme, de actividad mundana, ¿no sería quizá sólo un débil torbellino de contenida y complaciente domesticidad, que giraba inútilmente en la superficie del gran río, y que en sí mismo carecía de profundidad, de significado? ¿No nos habíamos engañado a nosotros mismos? ¿No habríamos vivido sólo un sueño, como tantos otros, detrás de aquellas estáticas ventanas? En un mundo enfermo, hasta los fuertes están enfermos. Y nosotros dos, que tejíamos nuestra menuda existencia arrastrados por la rutina, muy pocas veces con clara conciencia, muy pocas veces con una firme determinación, éramos productos de un mundo enfermo.

Sin embargo, esa vida nuestra no era mera y estéril fantasía. ¿No la habíamos tejido acaso con las fibras mismas de la realidad, que habíamos unido saliendo de la casa y entrando en ella, una y otra vez, y en nuestros viajes entre el suburbio y la ciudad, y otras ciudades más remotas, y con los extremos de la tierra? ¿No habíamos tejido juntos una auténtica expresión de nuestra propia naturaleza? ¿Nuestras ocupaciones cotidianas no habían sido acaso como hilos más o menos firmes de vida activa, que se habían incorporado a aquella tela cada vez mayor, la intrincada y proliferante trama de la humanidad?

Pensé en "nosotros" con un sereno interés y una especie de divertida angustia. ¿Cómo hubiese podido describir aquella relación, aun para mí mismo, sin estropearla o insultarla con los chillones adornos del sentimentalismo? Pues aquel delicado equilibrio de dependencia e independencia, aquel mutuo contacto, astuto, fríamente crítico, pero amante, era seguramente un microcosmos de verdadera comunidad, era al fin y al cabo, dentro de sus límites, un ejemplo vivo y real de aquella elevada meta a la que el mundo aspiraba. ¿El mundo entero? ¿El universo entero? Arriba, la oscuridad reveló una estrella. Una trémula flecha de luz, proyectada quién sabe cuántos miles de años atrás, ahora alcanzaba mis nervios como un punto visible, y me estremecía. Pues, ¿qué podía significar nuestra comunidad, frágil, evanescente, fortuita, en un universo semejante?

**El horror a nuestra futileza, a nuestra propia irrealidad, y no sólo al delirio del mundo, me había arrastrado a la colina.**

Pero, irracionalmente, sentí en mí una rara reverencia, no hacia el astro, un simple fuego que la distancia santificaba falsamente, sino hacia otra cosa, algo que mi corazón descubría en aquel terrible contraste entre la estrella y nosotros. Sin embargo, ¿qué podía ser eso? La inteligencia, mirando más allá del astro, no descubría ningún Hacedor de Estrellas, sólo oscuridad; ningún Amor, ningún Poder siquiera, sólo nada. Y, sin embargo, el corazón parecía cantar una alabanza.

Impacientemente, hice a un lado esta locura, y me volví de lo inescrutable a lo familiar y concreto. Aparté todo sentimiento de reverencia, y hasta el miedo y la amargura, y decidí examinar más fríamente ese notable "nosotros", sorprendentemente significativo, que nos parecía tan importante, y que en relación con las estrellas era algo tan fútil.

Aun prescindiendo de ese vasto escenario cósmico, donde todo parecía pequeño, éramos quizás insignificantes, y hasta ridículos, un accidente tan común, tan trillado, sólo una pareja casada, que había intentado vivir sin tensiones excesivas. El matrimonio en nuestra época era algo sospechoso, y el nuestro, con su trivial origen romántico, doblemente sospechoso. Nos habíamos conocido cuando ella era aún una niña. Nuestros ojos se encontraban de pronto. Ella me miró un momento con una serena atención; con un oscuro y profundo reconocimiento, llegué yo a imaginar, románticamente. Yo por lo menos reconocí en aquella mirada –o así lo entendió la fiebre de mi adolescencia– mi propio destino. ¡Sí! ¡Qué predestinada me había parecido nuestra unión! Y ahora, en el recuerdo, ¡qué accidental! Por supuesto, como muchos viejos matrimonios, nos entendíamos muy bien, como dos árboles que han crecido unidos, distorsionándose, pero soportándose. Fríamente, la vi a ella ahora como un simple aditamento a mi vida personal, a veces útil, pero muy a menudo irritante. Éramos, en realidad, buenos compañeros. Nos concedíamos una cierta libertad, y así nos tolerábamos.

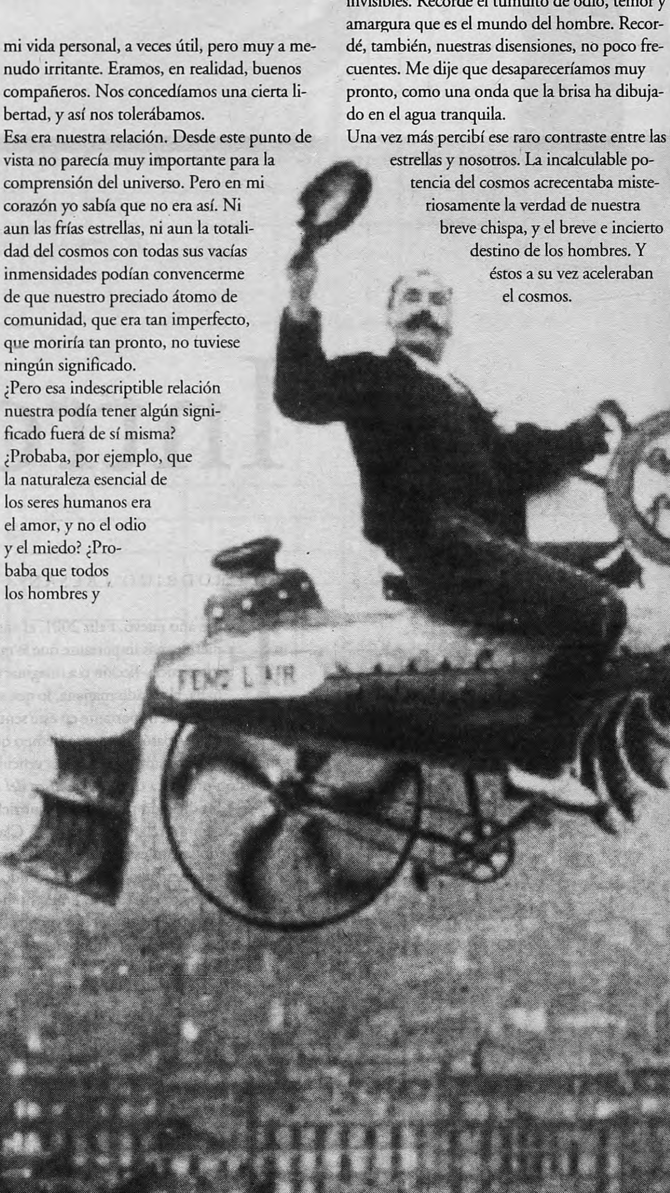
Esa era nuestra relación. Desde este punto de vista no parecía muy importante para la comprensión del universo. Pero en mi corazón yo sabía que no era así. Ni aun las frías estrellas, ni aun la totalidad del cosmos con todas sus vacías inmensidades podían convencerme de que nuestro preciado átomo de comunidad, que era tan imperfecto, que moriría tan pronto, no tuviese ningún significado.

¿Pero esa indescriptible relación nuestra podía tener algún significado fuera de sí misma?

¿Probaba, por ejemplo, que la naturaleza esencial de los seres humanos era el amor, y no el odio y el miedo? ¿Probaba que todos los hombres y mujeres del mundo, aun impedidos por las circunstancias, eran capaces de crear una comunidad mundial, sostenida por el amor? Y siendo también ella misma un producto del cosmos, ¿probaba que el amor era la base del cosmos mismo? ¿Y permitía afirmar que nosotros dos –que alimentábamos su excelencia intrínseca– tendríamos de algún modo una vida eterna? ¿Probaba en verdad que el amor era Dios, y que Dios nos esperaba en el cielo?

¡No! Esa comunidad de espíritus, doméstica, amistosa, exasperante, alegre, simple, y tan preciada, no probaba nada de eso. No probaba nada sino su propia e imperfecta verdad. No era nada sino un epítome, muy pequeño, muy brillante, de las muchas posibilidades de la existencia. Recordé los enjambres de estrellas invisibles. Recordé el tumulto de odio, temor y amargura que es el mundo del hombre. Recordé, también, nuestras disensiones, no poco frecuentes. Me dije que desapareceríamos muy pronto, como una onda que la brisa ha dibujado en el agua tranquila.

Una vez más percibí ese raro contraste entre las estrellas y nosotros. La incalculable potencia del cosmos acrecentaba misteriosamente la verdad de nuestra breve chispa, y el breve e incierto destino de los hombres. Y éstos a su vez aceleraban el cosmos.



AERONAUTA PRIMITIVO EN A LA CONQUÊTE DE L'AIR, DE FERDINAND ZECCA (1901).

# La Tierra

POR OLAF STAPLEDON

## 1. El punto de partida

Una noche, descorazonado, subí a la colina. Los matorrales me cerraban a menudo el camino. Abajo se ordenaban los faroles de los suburbios. Las ventanas, con las cortinas bajas, eran ojos cerrados, que observaban interiormente la vida de los sueños. Más allá de la sombra del mar, latía un faro. Arriba, oscuridad.

Distinguí nuestra propia casa, una islita en las tumultuosas y amargas corrientes del mundo. Allí, durante una década y media, nosotros dos, de características tan distintas, habíamos crecido apoyándonos y alimentándonos mutuamente, en una intrincada simbiosis. Allí habíamos planeado nuestras tareas diarias, y habíamos hablado de las decepciones y curiosidades del día. Allí se habían amontonado las cartas que esperaban respuesta, las medias que necesitaban zurcidos. Allí habían nacido los niños, esas repentinas nuevas vidas. Allí, bajo aquel techo, nuestras dos vidas, resistiéndose a veces una a otra, habían sido en todo momento una vida única, mayor, más consciente que cualquier vida solitaria.

Todo esto, seguramente era bueno. Sin embargo, había allí amargura. Y la amargura no sólo venía de afuera, del mundo; surgía también dentro de nuestro propio círculo mágico. El horror a nuestra futileza, a nuestra propia irrealidad, y no sólo al delirio del mundo, me había arrastrado a la colina.

Estábamos siempre atareados, en cosas urgentes e insignificantes, y el resultado era insustancial. ¿Habríamos juzgado erróneamente toda nuestra existencia? ¿Habríamos fundado nuestra vida en falsas premisas? Y en particular, esa sociedad nuestra, ese punto de apoyo, aparentemente firme, de actividad mundana, ¿no sería quizá sólo un débil torbellino de contenida y complaciente domesticidad, que giraba inútilmente en la superficie del gran río, y que en sí mismo carecía de profundidad, de significado? ¿No nos habíamos engañado a nosotros mismos? ¿No habríamos vivido sólo un sueño, como tantos otros, detrás de aquellas estáticas ventanas? En un mundo enfermo, hasta los fuertes están enfermos. Y nosotros dos, que tejíamos nuestra menuda existencia arrastrados por la rutina, muy pocas veces con clara conciencia, muy pocas veces con una firme determinación, éramos productos de un mundo enfermo.

Sin embargo, esa vida nuestra no era mera y estéril fantasía. ¿No la habíamos tejido acaso con las fibras mismas de la realidad, que habíamos unido saliendo de la casa y entrando en ella, una y otra vez, y en nuestros viajes entre el suburbio y la ciudad, y otras ciudades más remotas, y con los extremos de la tierra? ¿No habíamos tejido juntos una auténtica expresión de nuestra propia naturaleza? ¿Nuestras ocupaciones cotidianas no habían sido acaso como hilos más o menos firmes de vida activa, que se habían incorporado a aquella tela cada vez mayor, la intrincada y proliferante trama de la humanidad?

Pensé en "nosotros" con un sereno interés y una especie de divertida angustia. ¿Cómo hubiese podido describir aquella relación, aun para mí mismo, sin estropearla o insultarla con los chillones adornos del sentimentalismo? Pues aquel delicado equilibrio de dependencia e independencia, aquel mutuo contacto, astuto, fríamente crítico, pero amante, era seguramente un microcosmos de verdadera comunidad, era al fin y al cabo, dentro de sus límites, un ejemplo vivo y real de aquella elevada meta a la que el mundo aspiraba. ¿El mundo entero? ¿El universo entero? Arriba, la oscuridad reveló una estrella. Una trémula flecha de luz, proyectada quién sabe cuántos miles de años atrás, ahora alcanzaba mis nervios como un punto

> El horror a nuestra futileza, a nuestra propia irrealidad, y no sólo al delirio del mundo, me había arrastrado a la colina.

visible, y me estremecía. Pues, ¿qué podía significar nuestra comunidad, frágil, evanescente, fortuita, en un universo semejante?

Pero, irracionalmente, sentí en mí una rara reverencia, no hacia el astro, un simple fuego que la distancia santificaba falsamente, sino hacia otra cosa, algo que mi corazón descubría en aquel terrible contraste entre la estrella y nosotros. Sin embargo, ¿qué podía ser eso? La inteligencia, mirando más allá del astro, no descubría ningún Hacedor de Estrellas, sólo oscuridad; ningún Amor, ningún Poder siquiera, sólo nada. Y, sin embargo, el corazón parecía cantar una alabanza.

Impacientemente, hice a un lado esta locura, y me volví de lo inescrutable a lo familiar y concreto. Aparté todo sentimiento de reverencia, y hasta el miedo y la amargura, y decidí examinar más fríamente ese notable "nosotros", sorprendentemente significativo, que nos parecía tan importante, y que en relación con las estrellas era algo tan fútil.

Aun prescindiendo de ese vasto escenario cósmico, donde todo parecía pequeño, éramos quizás insignificantes, y hasta ridículos, un accidente tan común, tan trillado, sólo una pareja casada, que había intentado vivir sin tensiones excesivas. El matrimonio en nuestra época era algo sospechoso, y el nuestro, con su trivial origen romántico, doblemente sospechoso.

Nos habíamos conocido cuando ella era aún una niña. Nuestros ojos se encontraban de pronto. Ella me miró un momento con una serena atención; con un oscuro y profundo reconocimiento, llegué yo a imaginar, románticamente. Yo por lo menos reconocí en aquella mirada –o así lo entendió la fiebre de mi adolescencia– mi propio destino. ¡Sí! ¡Qué predestinada me había parecido nuestra unión! Y ahora, en el recuerdo, ¡qué accidental! Por supuesto, como muchos viejos matrimonios, nos entendíamos muy bien, como dos árboles que han crecido unidos, distorsionándose, pero soportándose. Fríamente, la vi a ella ahora como un simple aditamento a mi vida personal, a veces útil, pero muy a menudo irritante. Eramos, en realidad, buenos compañeros. Nos concedíamos una cierta libertad, y así nos tolerábamos.

Esa era nuestra relación. Desde este punto de vista no parecía muy importante para la comprensión del universo. Pero en mi corazón yo sabía que no era así. Ni aun las frías estrellas, ni aun la totalidad del cosmos con todas sus vacías inmensidades podían convencerme de que nuestro preciado átomo de comunidad, que era tan imperfecto, que moriría tan pronto, no tuviese ningún significado.

¿Pero esa indescriptible relación nuestra podía tener algún significado fuera de sí misma? ¿Probaba, por ejemplo, que la naturaleza esencial de los seres humanos era el amor, y no el odio y el miedo? ¿Probaba que todos los hombres y mujeres del mundo, aun impedidos por las circunstancias, eran capaces de crear una comunidad mundial, sostenida por el amor? Y siendo también ella misma un producto del cosmos, ¿probaba que el amor era la base del cosmos mismo? ¿Y permitía afirmar que nosotros dos –que alimentábamos su excelencia intrínseca– tendríamos de algún modo una vida eterna? ¿Probaba en verdad que el amor era Dios, y que Dios nos esperaba en el cielo?

¡No! Esa comunidad de espíritus, doméstica, amistosa, exasperante, alegre, simple, y tan preciada, no probaba nada de eso. No probaba nada sino su propia e imperfecta verdad. No era nada sino un epítome, muy pequeño, muy brillante, de las muchas posibilidades de la existencia. Recordé los enjambres de estrellas invisibles. Recordé el tumulto de odio, temor y amargura que es el mundo del hombre. Recordé, también, nuestras disensiones, no poco frecuentes. Me dije que desapareceríamos muy pronto, como una onda que la brisa ha dibujado en el agua tranquila.

Una vez más percibí ese raro contraste entre las estrellas y nosotros. La incalculable potencia del cosmos acrecentaba misteriosamente la verdad de nuestra breve chispa, y el breve e incierto destino de los hombres. Y éstos a su vez aceleraban el cosmos.

AERONAUTA PRIMITIVO EN A LA CONQUÊTE DE L'AIR, DE FERDINAND ZECCA (1901).

Me senté en las hierbas. Arriba retrocedía la oscuridad. Y la liberada población del cielo asomaba estrella tras estrella.

Las sombrías colinas y el mar invisible se extendían alrededor hasta perderse de vista. Pero el halcón de la imaginación los seguía más allá del horizonte. Sentía que yo estaba en una mota de piedra y metal, envuelto en una delgada película de agua y aire, y que giraba a la sombra y a la luz del sol. Y, en la superficie de esa mota, enjambres de hombres, en generaciones sucesivas, habían vivido en el trabajo y la ceguera, con intermitente alegría e intermitente lucidez. Toda su historia, sus migraciones, sus imperios, sus filosofías, sus orgullosas ciencias, sus revoluciones sociales, su necesidad cada vez mayor de una vida en comunidad, era sólo una chispa en un día de las estrellas.

¡Si uno pudiese saber, pensé, si en esa hueste centelleante había o no, aquí y allí, otros granos de roca y metal habitados por el espíritu, y si los titubeos del hombre en su persecución de la sabiduría y el amor eran sólo un estremecimiento insignificante, o parte de un movimiento universal!

## 2. La Tierra entre las estrellas

Arriba, la oscuridad había desaparecido. De horizonte a horizonte, el cielo era un ininterrumpido campo de estrellas. Dos planetas miraban fijamente, sin parpadear. Los hombros y pies cuadrangulares de Orión, con el cinturón y la espada, el Arado, el zigzag de Casiopea, las íntimas Pléyades, se dibujaban borrosamente en la sombra. La Vía Láctea, un vago rizo de luz, atravesaba el cielo.

La imaginación completaba lo que no alcanzaba la vista. Mirando hacia abajo, me pareció ver a través de un planeta transparente, a través de hierbas y rocas, los enterrados cementerios de especies desvanecidas, los fundidos basaltos y el hierro del núcleo de la Tierra; luego, aparentemente todavía hacia abajo. Mis ojos atravesaron otros estratos y vieron las tierras y mares del sur, subieron por las raíces de los árboles del caucho, y los pies de los invertidos antípodas, y se hundieron en el día azul, atravesado por el sol, y se perdieron en la noche eterna, donde las estrellas y el sol están juntos. Pues allí, en una profundidad vertiginosa, como peces en el fondo de un lago, yacían las constelaciones inferiores. Las dos bóvedas del cielo se fundían así en una esfera hueca, poblada de astros, negra, aun junto al sol enceguecedor. La luna joven era una curva de alambre incandescente. El aro de la Vía Láctea rodeaba el universo.

> El universo que el destino me había señalado no era una cámara estrellada sino un vórtice de corrientes de astros. ¡No! Era más aún.

Arrastrado por un raro vértigo, busqué apoyo en el débil resplandor de las ventanas de mi casa. Estaban todavía allí y también el suburbio, y las colinas. Pero la luz de las estrellas lo atravesaba todo. Era como si las cosas terrestres fueran de cristal, o de algún material vítreo, más límpido, y más etéreo. El reloj de la iglesia empezó a anunciar la medianoche. La primera campanada, muy débil, se perdió a lo lejos.

El sonido estimuló mi imaginación, y todo me pareció de pronto nuevo y raro. Miré una estrella y otra, y ya no vi el firmamento como un techo y un piso enjoyados sino como una serie de abismos centelleantes poblados de soles. Y aunque la mayoría de las grandes y familiares luces del cielo estaban adelante, como nuestros más próximos vecinos, vi que otros astros refulgentes eran en realidad muy remotos, mientras que algunas débiles lámparas sólo eran visibles porque estaban tan cerca. A los lados, en el espacio intermedio, se apretaban los enjambres y corrientes de soles. Pero aun éstos parecían ahora cercanos, pues la Vía Láctea había retrocedido a una distancia incomparablemente mayor. Y las brechas de las partes más próximas revelaban una sucesión de nieblas luminosas, y extensas perspectivas de poblaciones estelares.

El universo que el destino me había señalado no era una cámara estrellada sino un vórtice de corrientes de astros. ¡No! Era más aún. Pues mirando entre las estrellas, la oscuridad que se abría más allá, vi también, como meras chispas y puntos de luz, otros vórtices semejantes, otras galaxias semejantes, desparramadas por el vacío, en abismos cada vez más profundos, de modo que ni siquiera el ojo de la imaginación podía encontrar límites a la cósmica galaxia de galaxias, que lo abrazaba todo. El universo se me aparecía ahora como un vacío donde flotaban raros copos de nieve, y cada copo era un universo.

Mientras contemplaba el más débil y remoto de todos aquellos enjambres de universos, me pareció ver, como ayudado por una imaginación hipertelescópica, una población de soles; y cerca de uno de esos soles había un planeta, y en el lado oscuro del planeta había una loma, y en esa loma estaba yo. Nuestros astrónomos nos aseguran que en esta ilimitada finitud que llamamos el cosmos las líneas rectas de la luz no se pierden en el infinito sino que vuelven a su propia fuente. Pero recordé entonces que si mi visión hubiese dependido de la luz física, y no de la luz de la imaginación, los rayos que habían llegado a aquella loma, luego de haber "dado la vuelta" al cosmos, no me hubieran revelado mi propia figura sino acontecimientos anteriores a la formación de la Tierra, y hasta quizá anteriores a la formación del Sol.

Entonces, apartándome una vez más de esas inmensidades, busqué otra vez con la mirada las ventanas de nuestro hogar que, aunque atravesadas de estrellas, eran aun para mí más reales que todas las galaxias. Pero nuestra casa había desaparecido, junto con todo el suburbio, y las lomas también, y el mar. El mismo suelo donde yo había estado sentado ya no existía. En su lugar, abajo, muy lejos, se extendían unas tinieblas insustanciales. Y parecía como si yo mismo hubiese abandonado mi cuerpo, pues no podía verme ni tocarme la carne. Intenté mover las piernas y los brazos y nada ocurrió. No tenía piernas, ni brazos. La percepción interna de mi cuerpo, y el dolor de cabeza que me había abrumado desde la mañana, habían cedido su puesto a una vaga levedad, un sentimiento de bienestar.

Cuando comprendí totalmente el cambio que me había sobrevenido, me pregunté si no había muerto, y no estaría entrando en una existencia totalmente inesperada. Una posibilidad tan trivial me exasperó al principio. Enseguida me sentí consternado, pues entendí que si yo había muerto, realmente no volvería a mi preciado y concreto átomo de comunidad. La violencia de mi pena me sorprendió. Pero me consolé muy pronto pensando que al fin y al cabo era muy probable que yo no estuviese muerto sino en una especie de trance, del que despertaría en cualquier minuto. Resolví por lo tanto no alarmarme demasiado con este cambio misterioso. Observaría con un interés científico todo lo que me ocurría.

Advertí que la oscuridad que había reemplazado al suelo se apretaba y condensaba. Ya no era posible ver las estrellas del otro lado. Pronto, allá abajo, la Tierra fue sólo la superficie de una mesa, enorme y circular, un ancho disco de sombra rodeado de astros. Aparentemente, yo estaba alejándome de mi planeta natal a increíble velocidad. La Tierra eclipsaba otra vez al Sol, antes visible a la imaginación en el cielo inferior. Aunque ahora ya debía estar a cientos de kilómetros sobre el suelo, la falta de oxígeno y de presión atmosférica no me perturbaban. Experimentaba sólo un gozo creciente y una deliciosa efervescencia del pensamiento. El extraordinario brillo de las estrellas me excitaba sobremanera. Pues ya a causa de la ausencia de aire, o del acrecentamiento de mi propia sensibilidad, o ambas cosas, el cielo tenía ahora un aspecto insólito. Todas las estrellas parecían haber aumentado de magnitud. El firmamento resplandecía. Las estrellas mayores eran como los faros de un coche distante. La Vía Láctea, que las sombras ya no inundaban, era un río circular y graneado de luz.

En ese momento, a lo largo del borde occidental del planeta, muy lejano, apareció una débil línea luminosa que, mientras yo seguía remontándome, se tiñó aquí y allá de anaranjados y rojos. Evidentemente, yo viajaba no sólo hacia arriba sino también hacia el este, y la curva me llevaba a la luz del día. Pronto apareció el Sol, devorando con su brillo el gran creciente del alba. Seguí subiendo, y el Sol y el planeta se apartaron, y el hilo del alba creció hasta ser una nublada franja de luz solar, y luego aún más, como una luna que va formándose hasta iluminar la mitad del planeta. Entre las áreas del día y la noche, un cinturón de sombra, de tintes cálidos, ancho como un subcontinente, marcaba ahora el área del alba. Yo continué elevándome y viajando hacia el este, y vi que las tierras iban hacia el oeste junto con la luz, hasta que estuve sobre el Pacífico en pleno mediodía.

La Tierra se me aparecía ahora como un gran orbe brillante, cien veces mayor que la luna llena. La imagen del Sol se reflejaba en el océano como una centelleante mancha de luz. La circunferencia del planeta era un anillo indefinido de niebla luminosa que se borraba gradualmente hasta confundirse con la negrura del espacio. Parte del hemisferio norte, inclinado de algún modo hacia mí, era una extensión de nieve y nubes. Pude distinguir los contornos de Japón y China; sus vagos castaños y verdes mellaban los vagos azules y grises del océano. Cerca del Ecuador, donde el aire era más claro, el océano parecía oscurecerse. Había un menudo torbellino de nubes brillantes que era quizá la superficie superior de un huracán. Las Filipinas y Nueva Guinea tenían formas muy precisas. Australia se perdía en las neblinas del sur. El espectáculo era extrañamente conmovedor.

La admiración y el asombro borraban toda ansiedad personal; la pura belleza de nuestro planeta me sorprendía. Era una perla enorme, montada en ébano estrellado. Era nácar, era ópalo. No, era algo más hermoso que ninguna joya, de dibujados colores, sutiles, etéreos. Tenía la delicadeza, y el brillo, la complejidad y la armonía de una cosa viva. Era raro que yo sintiese desde tan lejos, como nunca había sentido antes, la presencia vital de la Tierra; una criatura viva, pero dormida, que anhelaba oscuramente despertar.

Ninguna forma visible de esta joya celestial y viva revelaba la presencia del hombre. Allá abajo, ocultos, estaban algunos de los centros más poblados del mundo. Allá abajo, vastas regiones industriales ennegrecían el aire con humo. Y, sin embargo, aquel tropel de vida y aquellas empresas tan importantes para el hombre no habían dejado ninguna marca notable en el planeta. Desde esta altura, la Tierra no hubiera parecido muy diferente antes de la aparición del hombre. Ningún ángel visitante, ningún explorador de otro planeta, hubiera podido sospechar que en este orbe suave proliferaban las alimañas, unas bestias incipientemente angélicas que se torturaban a sí mismas y dominaban el mundo.

# rra

Me senté en las hierbas. Arriba retrocedía la oscuridad. Y la liberada población del cielo asomaba estrella tras estrella.

Las sombrías colinas y el mar invisible se extendían alrededor hasta perderse de vista. Pero el halcón de la imaginación los seguía más allá del horizonte. Sentía que yo estaba en una mota de piedra y metal, envuelto en una delgada película de agua y aire, y que giraba a la sombra y a la luz del sol. Y, en la superficie de esa mota, enjambres de hombres, en generaciones sucesivas, habían vivido en el trabajo y la ceguera, con intermitente alegría e intermitente lucidez. Toda su historia, sus migraciones, sus imperios, sus filosofías, sus orgullosas ciencias, sus revoluciones sociales, su necesidad cada vez mayor de una vida en comunidad, era sólo una chispa en un día de las estrellas.

¡Si uno pudiese saber, pensé, si en esa hueste centelleante había o no, aquí y allí, otros granos de roca y metal habitados por el espíritu, y si los titubeos del hombre en su persecución de la sabiduría y el amor eran sólo un estremecimiento insignificante, o parte de un movimiento universal!

## 2. La Tierra entre las estrellas

Arriba, la oscuridad había desaparecido. De horizonte a horizonte, el cielo era un ininterrumpido campo de estrellas. Dos planetas miraban fijamente, sin parpadear. Los hombros y pies cuadrangulares de Orión, con el cinturón y la espada, el Arado, el zigzag de Casiopea, las íntimas Pléyades, se dibujaban borrosamente en la sombra. La Vía Láctea, un vago rizo de luz, atravesaba el cielo.

La imaginación completaba lo que no alcanzaba la vista. Mirando hacia abajo, me pareció ver a través de un planeta transparente, a través de hierbas y rocas, los enterrados cementerios de especies desvanecidas, los fundidos basaltos y el hierro del núcleo de la Tierra; luego, aparentemente todavía hacia abajo. Mis ojos atravesaron otros estratos y vieron las tierras y mares del sur, subieron por las raíces de los árboles del caucho, y los pies de los invertidos antípodas, y se hundieron en el día azul, atravesado por el sol, y se perdieron en la noche eterna, donde las estrellas y el sol están juntos. Pues allí, en una profundidad vertiginosa, como peces en el fondo de un lago, yacían las constelaciones inferiores. Las dos bóvedas del cielo se fundían así en una esfera hueca, poblada de astros, negra, aun junto al sol encegecedor. La luna joven era una curva de alambre incandescente. El aro de la Vía Láctea rodeaba el universo.

Arrastrado por un raro vértigo, busqué apoyo en el débil resplandor de las ventanas de mi casa. Estaban todavía allí y también el suburbio, y las colinas. Pero la luz de las estrellas lo atravesaba todo. Era como si las cosas terrestres fueran de cristal, o de algún material vítreo, más límpido, y más etéreo. El reloj de la iglesia empezó a anunciar la medianoche. La primera campanada, muy débil, se perdió a lo lejos.

El sonido estimuló mi imaginación, y todo me pareció de pronto nuevo y raro. Miré una estrella y otra, y ya no vi el firmamento como un techo y un piso enjoyados sino como una serie de abismos centelleantes poblados de soles. Y aunque la mayoría de las grandes y familiares luces del cielo estaban adelante, como nuestros más próximos vecinos, vi que otros astros refulgentes eran en realidad muy remotos, mientras que algunas débiles lámparas sólo eran visibles porque estaban tan cerca. A los lados, en el espacio intermedio, se apretaban los enjambres y corrientes de soles. Pero aun éstos parecían ahora cercanos, pues la Vía Láctea había retrocedido a una distancia incomparablemente mayor. Y las brechas de las partes más próximas revelaban una sucesión de nieblas luminosas, y extensas perspectivas de poblaciones estelares.

El universo que el destino me había señalado no era una cámara estrellada sino un vórtice de corrientes de astros. ¡No! Era más aún. Pues mirando entre las estrellas, la oscuridad que se abría más allá, vi también, como meras chispas y puntos de luz, otros vórtices semejantes, otras galaxias semejantes, desparramadas por el vacío, en abismos cada vez más profundos, de modo que ni siquiera el ojo de la imaginación podía encontrar límites a la cósmica galaxia de galaxias, que lo abrazaba todo. El universo se me aparecía ahora como un vacío donde flotaban raros copos de nieve, y cada copo era un universo.

Mientras contemplaba el más débil y remoto de todos aquellos enjambres de universos, me pareció ver, como ayudado por una imaginación hipertelescópica, una población de soles; y cerca de uno de esos soles había un planeta, y en el lado oscuro del planeta había una loma, y en esa loma estaba yo. Nuestros astrónomos nos aseguran que en esta ilimitada finitud que llamamos el cosmos las líneas rectas de la luz no se pierden en el infinito sino que vuelven a su propia fuente. Pero recordé entonces que si mi visión hubiese dependido de la luz física, y no de la luz de la imaginación, los rayos que habían llegado a aquella loma, luego de haber "dado la vuelta" al cosmos, no me hubieran revelado mi propia figura sino acontecimientos anteriores a la formación de la Tierra, y hasta quizá anteriores a la formación del Sol.

Entonces, apartándome una vez más de esas inmensidades, busqué otra vez con la mirada las ventanas de nuestro hogar que, aunque atravesadas de estrellas, eran aun para mí más reales que todas las galaxias. Pero nuestra casa había desaparecido, junto con todo el suburbio, y las lomas también, y el mar. El mismo suelo donde yo había estado sentado ya no existía. En su lugar, abajo, muy lejos, se extendían unas tinieblas insustanciales. Y parecía como si yo mismo hubiese abandonado mi cuerpo, pues no podía verme ni tocarme la carne. Intenté mover las piernas y los brazos y nada ocurrió. No tenía piernas, ni brazos. La percepción interna de mi cuerpo, y el dolor de cabeza que me había abrumado desde la mañana, habían cedido su puesto a una vaga levedad, un sentimiento de bienestar.

Cuando comprendí totalmente el cambio que me había sobrevenido, me pregunté si no había muerto, y no estaría entrando en una existencia totalmente inesperada. Una posibilidad tan trivial me exasperó al principio. Enseguida me sentí consternado, pues entendí que si yo había muerto, realmente no volvería a mi preciado y concreto átomo de comunidad. La violencia de mi pena me sorprendió. Pero me consolé muy pronto pensando que al fin y al cabo era muy probable que yo no estuviese muerto sino en una especie de trance, del que despertaría en cualquier minuto. Resolví por lo tanto no alarmarme demasiado con este cambio misterioso. Observaría con un interés científico todo lo que me ocurría.

Advertí que la oscuridad que había reemplazado al suelo se apretaba y condensaba. Ya no era posible ver las estrellas del otro lado. Pronto, allá abajo, la Tierra fue sólo la superficie de una mesa, enorme y circular, un ancho disco de sombra rodeado de astros. Aparentemente, yo estaba alejándome de mi planeta natal a increíble velocidad. La Tierra eclipsaba otra vez al Sol, antes visible a la imaginación en el cielo inferior. Aunque ahora ya debía estar a cientos de kilómetros sobre el suelo, la falta de oxígeno y de presión atmosférica no me perturbaban. Experimentaba sólo un gozo creciente y una deliciosa efervescencia del pensamiento. El extraordinario brillo de las estrellas me excitaba sobremanera. Pues ya a causa de la ausencia de aire, o del acrecentamiento de mi propia sensibilidad, o ambas cosas, el cielo tenía ahora un aspecto insólito. Todas las estrellas parecían haber aumentado de magnitud. El firmamento resplandecía. Las estrellas mayores eran como los faros de un coche distante. La Vía Láctea, que las sombras ya no inundaban, era un río circular y graneado de luz.

En ese momento, a lo largo del borde occidental del planeta, muy lejano, apareció una débil línea luminosa que, mientras yo seguía remontándome, se tiñó aquí y allá de anaranjados y rojos. Evidentemente, yo viajaba no sólo hacia arriba sino también hacia el este, y la curva me llevaba a la luz del día. Pronto apareció el Sol, devorando con su brillo el gran creciente del alba. Seguí subiendo, y el Sol y el planeta se apartaron, y el hilo del alba creció hasta ser una nublada franja de luz solar, y luego aún más, como una luna que va formándose hasta iluminar la mitad del planeta. Entre las áreas del día y la noche, un cinturón de sombra, de tintes cálidos, ancho como un subcontinente, marcaba ahora el área del alba. Yo continué elevándome y viajando hacia el este, y vi que las tierras iban hacia el oeste junto con la luz, hasta que estuve sobre el Pacífico en pleno mediodía.

La Tierra se me aparecía ahora como un gran orbe brillante, cien veces mayor que la luna llena. La imagen del Sol se reflejaba en el océano como una centelleante mancha de luz. La circunferencia del planeta era un anillo indefinido de niebla luminosa que se borraba gradualmente hasta confundirse con la negrura del espacio. Parte del hemisferio norte, inclinado de algún modo hacia mí, era una extensión de nieve y nubes. Pude distinguir los contornos de Japón y China; sus vagos castaños y verdes mellaban los vagos azules y grises del océano. Cerca del Ecuador, donde el aire era más claro, el océano parecía oscurecerse. Había un menudo torbellino de nubes brillantes que era quizá la superficie superior de un huracán. Las Filipinas y Nueva Guinea tenían formas muy precisas. Australia se perdía en las neblinas del sur.

El espectáculo era extrañamente conmovedor. La admiración y el asombro borraban toda ansiedad personal; la pura belleza de nuestro planeta me sorprendía. Era una perla enorme, montada en ébano estrellado. Era nácar, era ópalo. No, era algo más hermoso que ninguna joya, de dibujados colores, sutiles, etéreos. Tenía la delicadeza, y el brillo, la complejidad y la armonía de una cosa viva. Era raro que yo sintiese desde tan lejos, como nunca había sentido antes, la presencia vital de la Tierra; una criatura viva, pero dormida, que anhelaba oscuramente despertar.

Ninguna forma visible de esta joya celestial y viva revelaba la presencia del hombre. Allá abajo, ocultos, estaban algunos de los centros más poblados del mundo. Allá abajo, vastas regiones industriales ennegrecían el aire con humo. Y, sin embargo, aquel tropel de vida y aquellas empresas tan importantes para el hombre no habían dejado ninguna marca notable en el planeta. Desde esta altura, la Tierra no hubiera parecido muy diferente antes de la aparición del hombre. Ningún ángel visitante, ningún explorador de otro planeta, hubiera podido sospechar que en este orbe suave proliferaban las alimañas, unas bestias incipientemente angélicas que se torturaban a sí mismas y dominaban el mundo.

> El universo que el destino me había señalado no era una cámara estrellada sino un vórtice de corrientes de astros. ¡No! Era más aún.

## CRUCI-CLIP

PRONTITUD O CELERIDAD EN LAS ACCIONES · ADORE · SUELTA, DEJA EN LIBERTAD · LAGO DE CANADÁ · DESMENUZAN CON LOS DIENTES · OBJETIVO FOTOGRÁFICO DE DISTANCIA FOCAL VARIABLE · INCULPADAS

VALORAR, EVALUAR

MAGNETIZO · HOMBRE ELEGANTE · VIGILANCIA NOCTURNA

QUE VIERTE (FEM.)

TRIUNFAMOS

REMAR HACIA ATRÁS · PREMIO DE CINE · CUALQUIER CUALIDAD DE UN SER · ADORNÓ

YODADO

COLOCAR EN UN SITIO

UNIDAD DE RADIACIÓN · RELATIVO A LOS MODOS · PAÑO TEJIDO PARA PARED · CAUCE ARTIFICIAL

RELATIVO A LA ACCIÓN TEATRAL

EN LATÍN, YO · REZABA · PIEDRA SAGRADA DEL ALTAR

TIEMPO TRANSCURRIDO DESDE EL NACIMIENTO HASTA EL PRESENTE · TIERRA ALTA ANDINA

SACUDIR

MARCA DE AUTOMÓVILES · (EMILIO) ESCRITOR FRANCÉS

*Clip 402* 23

## ¡ABRACADABRA!

*Desde Andalucía han llegado cuatro tríos cómico-musicales que se toman al flamenco en solfa. Deduzca cómo está formado cada grupo.*

1. Lo mejor del trío "Alegrías" es la actuación de Paquillo, mientras que en "Petenera" se destaca Telén. Selim no actúa en ninguno de estos dos tríos.
2. En uno de los números, Tilín malogra los trucos de Alí. En otro, Talán interrumpe a Camarón.
3. Manolín no trabaja con Ahmed o con Selim.
4. Curro no forma parte de "Garrotín" ni de "Seguiriya" (donde el mago no es Selim).
5. Los hermanos Benítez, que se hacen llamar Raschid, Camarón y Tolón, actúan en tríos diferentes.

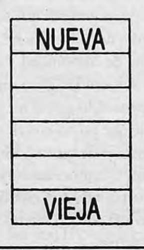
| | | MAGO | | | | MUSICO | | | | PAYASO | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Ahmed | Alí | Raschid | Selim | Camarón | Curro | Manolín | Paquillo | Talán | Telén | Tilín | Tolón |
| TRIO | "Alegrías" | | | | | | | | | | | | |
| | "Garrotín" | | | | | | | | | | | | |
| | "Petenera" | | | | | | | | | | | | |
| | "Seguiriya" | | | | | | | | | | | | |
| PAYASO | Talán | | | | | | | | | | | | |
| | Telén | | | | | | | | | | | | |
| | Tilín | | | | | | | | | | | | |
| | Tolón | | | | | | | | | | | | |
| MUSICO | Camarón | | | | | | | | | | | | |
| | Curro | | | | | | | | | | | | |
| | Manolín | | | | | | | | | | | | |
| | Paquillo | | | | | | | | | | | | |

| TRIO | MAGO | MUSICO | PAYASO |
|---|---|---|---|
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |

## ESCALERAS

***Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.***

| |
|---|
| MORAR |
| |
| |
| |
| VIVIR |



| |
|---|
| NUEVA |
| |
| |
| |
| |
| VIEJA |



## SOLUCIONES

### Cruci Clip

| | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| V | A | L | O | R | I | Z | A | R |
| I | M | A | N | O | ■ | O | ■ | E |
| V | E | R | T | E | D | O | R | A |
| A | ■ | G | A | N | A | M | O | S |
| C | I | A | R | ■ | N | ■ | N | ■ |
| I | ■ | ■ | I | O | D | A | D | O |
| D | E | P | O | S | I | T | A | R |
| A | ■ | ■ | ■ | C | ■ | R | ■ | N |
| D | R | A | M | A | T | I | C | O |
| ■ | A | ■ | O | R | A | B | A | ■ |
| E | D | A | D | ■ | P | U | N | A |
| G | ■ | ■ | A | G | I | T | A | R |
| O | P | E | L | ■ | Z | O | L | A |

### Escaleras

A. Morar, mirar, virar, vivar, vivir. B. Nueva, nuera, fuera, fiera, viera, vieja.

### ¡Abracadabra!

"Alegrías", Ahmed, Paquillo, Tolón.
"Garrotín", Selim, Camarón, Talán.
"Petenera", Raschid, Curro, Telén.
"Seguiriya", Alí, Manolín, Tilín.